



LECTIO DIVINA

Ciclo A

TIEMPO ORDINARIO

DOMINGO 26º



Carlos Pabón Cárdenas, CJM.



PARROQUIA SANTA MÓNICA
PADRES EUDISTAS
Cali - Colombia





La verdadera santidad

AMBIENTACIÓN

Estamos llamados por el Señor a reunirnos cada Domingo para celebrar la Eucaristía. Nosotros hemos aceptado su llamada y su invitación. Y, dejando otras actividades por un momento, nos reunimos en la Iglesia, ... Nuestra celebración es una respuesta positiva al Señor y una acción de gracias. También es una oportunidad para escuchar su Palabra y dejar que ella ilumine nuestra vida a lo largo de la semana.

Desde el comienzo de la Misa, como gesto de conversión y actitud de perdón, volvamos nuestros ojos a Dios y dejemos que su misericordia caiga sobre nosotros y sobre nuestros pecados.

Por otra parte, hoy en muchas Diócesis, se inicia la «JORNADA BIBLICA DIOCESANA»: es un momento de gracia, una experiencia viva de Iglesia alrededor de la Palabra de Dios. Entremos en el ambiente de esta Jornada, dispuestos a acoger la Palabra en nuestro corazón, en nuestra vida.

1. PREPARACION: INVOCACION AL ESPIRITU SANTO

Espíritu Santo, ven a acompañarnos
para que nuestra Iglesia no cese nunca de convertirse
bajo tu impulso y se identifique cada día más
con el Evangelio de Jesús..

Que nosotros no rechacemos la invitación de Dios
a acercarnos y escuchar su Palabra,
y trabajar por el Reino,
sino que con nuestras obras y palabras
demos testimonio de nuestra fe
y ejemplo de nuestra esperanza.

Ven, Espíritu Santo, ilumina nuestra mente,
nuestro corazón y nuestra voluntad,
para que podamos comprender, aceptar y vivir
la Palabra de Dios.

Llena con tu santo poder
a todos los que nos acercamos a escuchar la Palabra
para que, guiados por ella,
nos encontremos con Jesucristo vivo
para gloria del Padre.

Que nos dejemos empapar por la Palabra de Dios
para hacer más fecunda nuestra vida
en relación con los demás





y que nuestra vida produzca frutos
de amor y de justicia.
Amén.

2. LECTURA: ¿QUE DICE el texto?

Ez. 18,25-28: «*Cuando el malvado se convierte de su maldad, salva su vida*»

En nuestra experiencia de Dios se encuentran dos actitudes: por un lado la de Dios, siempre fiel y atento al acontecer del hombre, y por otra la del hombre voluble y tornadizo, a veces fiel y a veces duro y resistente. El profeta Ezequiel incluso nos insinúa que el hombre, en su terquedad, se inclina por echarle la culpa a Dios. Oyó comentar en su pueblo: *No es justo el proceder del Señor*. En su paciencia, que todo lo tolera, el Señor responde: Ninguno tiene asegurada una forma constante de proceder. El justo, y se entiende por ese término el que hace la voluntad salvadora de Dios, puede caer y abandonar su buen proceder: si uno es justo, pero luego «*se aparta de su justicia, muere por la maldad que cometió*».. Y el malvado, y se entiende por aquel que no sigue en su vida lo que Dios quiere y se traza su propio camino, puede abandonar su maldad y *practicar el derecho y la justicia*. El profeta Ezequiel nos dice que cuando el pecador se convierte y practica lo que es justo, salva su vida: si uno es malvado, pero «*se convierte de la maldad, él mismo salva su vida*»..

Se enfrentan dos posibilidades: *muerte y vida*. Vida para el justo, muerte para el malvado. Es claro que no es solo la dimensión temporal de esos términos sino la significación que tienen a los ojos de Dios. *Muerte* es el salirse voluntariamente del amor de Dios manifestado en su voluntad, y *vida* es la experiencia gozosa de Dios en el camino de la justicia. El profeta compara la conducta del justo y del malvado, y su responsabilidad respectiva, ante la dura experiencia del destierro y la destrucción de Jerusalén.

Al justo se le pide que persevere en el bien. Al malvado, que se convierta. El mensaje del profeta es esperanzador: invita a todos a confiar en la bondad y el perdón de Dios. Cada uno es responsable de sus actos y no puede escudarse en el grupo al que pertenece.

No hay duda que las «circunstancias» en las que vive la persona le ayudarán o le entorpecerán en su respuesta a Dios. Pero es *cada persona quien dará cuentas al Señor de su conducta*. Y no vale echar la culpa a la sociedad en la que vive como causa última de su modo de proceder.

El profeta previene una objeción religiosa corriente: Dios es injusto, tal vez ni siquiera existe, puesto que hay tanto mal en todas partes. El profeta responde que el mal -el mal moral- no es culpa de Dios, sino del hombre. La dignidad humana implica libertad, y la libertad implica la posibilidad de hacer el mal, a pesar del deseo y la bondad de Dios.





Domingo 26^o Ordinario Ciclo A

Dios «llama» y concede «los medios de conversión necesarios» a todos y cada uno de los miembros de la comunidad. Por eso, cada uno responderá de la aceptación o rechazo que haya hecho a la invitación de Dios.

Nosotros estamos inclinados a juzgar la conducta de las personas de acuerdo con «la familia», «el grupo», «el pueblo» en que desarrolla su vida. No siempre somos justos ni acertamos en nuestros juicios. Sin embargo *Dios siempre hace justicia y siempre actúa con amor y comprensión*. Nosotros, no tanto; por eso nos equivocamos y no le entendemos en muchas ocasiones.

Sal. 25(24): «Recuerda, Señor, que tu misericordia es eterna»

El salmo 25(24) recoge una actitud de *confianza*: "recuerda, Señor, que tu misericordia es eterna", y le pide: "*no te acuerdes de los pecados de mi juventud*". El salmista pide con humildad: "*Señor, enséñame tus caminos*".

La lectura de Ezequiel nos ha recordado que Dios está siempre pronto a recibir nuestra conversión; el salmo 25(24) nos hace pedir, pues, al Señor que nos haga caminar por la senda del bien y que no se acuerde -como lo ha prometido por el Profeta- de nuestros pecados pasados.

Si al hombre no se le puede concebir sino como miseria y debilidad, a Dios hay que concebirlo como bondad y misericordia. El salmista quiere recordar lo más esencial y más profundo de Dios. Y a esto se agarra con una fe inquebrantable.

Flp. 2,1-11: «Tengan entre ustedes los sentimientos propios de Cristo Jesús»

La carta a los Filipenses, que comenzamos a leer el Domingo pasado, contiene unos consejos muy propios de Pablo, a la hora de edificar una comunidad fraterna que vive unida en el amor. Él quiere que los cristianos tengan "entrañas compasivas" y "un mismo amor y un mismo sentir", sin rivalidades.

Las comunidades del tiempo de Pablo, como las de ahora, tenían dificultades para vivir en unión. También en Filipos había desavenencias, discordias, rivalidades, intrigas por ser más que los demás. Era una comunidad normal, como las nuestras. No inventamos nada. Por eso nos viene bien leer esta exhortación de Pablo, que hoy nos repite a nosotros su deseo de que tengamos «*entrañas compasiva*» con los demás hermanos, y «*un mismo amor y un mismo sentir*». Son siempre actuales las *consignas* que él da a los de Filipos:

- Algunas son *humanas*, de *convivencia civilizada*: «*déjense guiar por la humildad y considerar siempre superiores a los demás*». La mayor parte de nuestros disgustos personales y de las tensiones comunitarias se deben a nuestro orgullo: nos creemos superiores a los demás, y por eso nos damos tan fácilmente por ofendidos





cuando los demás pasan por encima de nosotros o no demuestran apreciar lo que hacemos. Es una consigna, la de "*considerar superiores a los demás*", que no es muy popular en nuestros tiempos ni en la sociedad civil, ni en la familiar, ni en la eclesial.

- Pero hay otras motivaciones *sobrenaturales*: «*nos une el mismo Espíritu*». La motivación principal que Pablo da a los Filipenses -está en la segunda parte de la lectura, que convendría leer entera- es la de que hemos de imitar a Cristo Jesús en su entrega pascual: «*tengan entre ustedes los sentimientos propios de Cristo Jesús*».

¿Cuáles fueron estos «*sentimientos*» de Jesús? Pablo los describe siguiendo el «*himno pascual*», que seguramente era anterior a él y que tal vez cantaba la comunidad: el himno que nosotros rezamos cada sábado en la oración de Vísperas; es un himno que en pocas líneas expresa el misterio de la muerte y resurrección, de la **humillación** y la **glorificación** de Jesús: *se despojó de su rango, no hizo alarde de su categoría de Dios, se rebajó hasta la muerte, y una muerte de cruz*, la máxima humillación pensable en la época. Les da consignas muy concretas de *humildad* para con los otros, pero, sobre todo, les propone el mejor ejemplo, Cristo Jesús, que «*no hizo alarde de su categoría de Dios*» y se rebajó hasta la muerte, entregándose para la salvación de todos

Que es exactamente la actitud contraria de los que se creen superiores a los demás y hacen valer sus derechos. La muerte de Cristo no terminó en el sepulcro: porque Dios «*lo levantó sobre todo... de modo que al nombre de Jesús toda rodilla se doble...*». Pablo no cita este himno para alabar a Jesús, sino para proponerlo como modelo a la comunidad en su vida fraterna, que muchas veces supone saber «*rebajarse*» y «*no hacer alarde de categorías*». *Compartir la humildad de Cristo es entonces una condición para amar.*

Mt. 21, 28-32: «Recapacitó... y fue»

EVANGELIO DE JESUCRISTO SEGÚN SAN MATEO

R/. Gloria a Tui, Señor

²⁸ «Pero ¿qué les parece? Un hombre tenía dos hijos. Acercándose al primero, le dijo: "**Hijo, vete hoy a trabajar en la viña**". ²⁹ Y él respondió: "No quiero", pero después se arrepintió y fue. ³⁰ Acercándose al segundo, le dijo lo mismo. Y él respondió: "Voy, Señor", y **no fue**. ³¹ **¿Cuál de los dos hizo la voluntad del padre?»** - «El primero»- le dicen. Les dice Jesús: «En verdad les digo que los publicanos y las prostitutas llegan antes que ustedes al Reino de Dios. ³² Porque vino Juan a ustedes por camino de justicia, y no creyeron en él, mientras que los publicanos y las prostitutas creyeron en él. Y ustedes, ni viéndolo, se arrepentieron después, para creer en él.





Palabra del Señor.

R/. Gloria a Tí, Señor Jesús.

Re-leyamos el texto para interiorizarlo

a) Contexto: Mt. 18,1 - 23,39

Mt. 18,1 - 21-27. [28-32]. 33-46. 22,1 - 23,39

El Evangelio de hoy y el de los dos Domingos próximos, están situados alrededor de los últimos días de la vida del Señor en Jerusalén. Por eso, en tres parábolas distintas, nos habla el Señor del rechazo que los dirigentes del pueblo judío hacen de su persona como el Mesías de Dios, mientras que los llamados «pecadores» hallan en él el camino del Reino. Esas tres parábolas son: «**Parábola de los dos hijos**»: Mt. 21,28-32, que es la que proclamamos en este Domingo); «*Parábola de los viñadores homicidas*»: Mt. 21,33-46) y «*Parábola del banquete nupcial*»: Mt. 22,1-14). En el Evangelio que proclamamos hoy, el Señor, nos va a decir que nuestros hechos deben responder a nuestra actitud de acogida a su Palabra.

Hemos dado un pequeño salto en el evangelio de Mateo y nos situamos en el capítulo 21. El contexto en el que se encuentra esta parábola es de tensión y peligro. Después del Discurso Comunitario (Mt 18), Jesús inicia su viaje definitivo hacia Jerusalén (19,1) para afrontar su destino anunciado ya desde Mt 16,21. En Jerusalén, Jesús se convierte en motivo de conflicto.

Por un lado el pueblo lo acoge con júbilo (21,1-11). Por otro lado los sumos sacerdotes y escribas lo critican. La situación se va tensando, al punto que Jesús debe pasar la noche fuera de la ciudad (21,17). En Jerusalén Jesús realiza una acción sorprendente: la expulsión de los vendedores del templo (21,12-17) y, al día siguiente, maldice a una higuera, símbolo de la ciudad de Jerusalén y su templo: árbol sin fruto, sólo con hojas (21,18-22).

Después entra en el templo y comienza a enseñar a la gente. Mientras está hablando llegan los sumos sacerdotes y ancianos del pueblo para discutir con Él. Es a ellos a quienes Jesús les dice la parábola de hoy. La tensión irá creciendo con todos los grupos judíos y finalmente Jesús hace una larga y durísima denuncia contra los escribas y fariseos (23,1-36) y una breve y trágica acusación contra Jerusalén, la ciudad que no se convierte (23,37-39).

Es en este contexto cargado de tensión y peligroso, cuando Jesús pronuncia la parábola de los dos hijos que estamos meditando: Mt. 21, 28-32

b) Texto:

El evangelio se estructura en tres partes:

a) la parábola que Jesús dirige a sus interlocutores, sumos sacerdotes y ancianos del pueblo (vv. 28-31a);





- b) la respuesta de Jesús, durísima, a sus interlocutores (v. 31b);
- c) el razonamiento de la respuesta (v. 32).

En el texto sobresalen **tres temas**: *hacer la voluntad* del padre (de Dios), *arrepentirse* (término que aparece al principio y al final del evangelio) y *la fe*, creer a Juan en tanto que precursor de Jesús.

El relato tiene un fuerte carácter de **interpelación** («Qué os parece», «ustedes») y enormemente **paradójico** (los «malos» (publicanos y prostitutas) van por delante de los «buenos» (sumos sacerdotes y ancianos del pueblo) hacia el Reino de Dios.

c) Comentario:

v. 28a: «Pero, ¿qué les parece?»

Jesús hace una pregunta inicial provocador: según el contexto, los invitados a atiendan y opinen son *los sumos sacerdotes y los ancianos del pueblo* (cfr. **Mt 21, 23**), o sea, miembros insignes de Israel, orgullosos de su pertenencia al pueblo elegido de Dios. Está creciendo por momentos la tensión con ellos. Ha expulsado a los mercaderes del Templo y ha pronunciado la maldición sobre la higuera estéril, símbolo de Israel. Sin embargo, la pregunta nos interpela ahora a **nosotros**.

En base a un hecho familiar muy cotidiano, la parábola pone en cuestión el modo de hacer la voluntad del padre: no se trata de decir que sí o de buenos modales, se trata de obedecer en la práctica al padre. ¿Nuestra fe nos lleva a «decir» o también a «hacer»? Con una parábola muy sencilla y expresiva (propia del evangelio de Mateo) les echa en cara la hipocresía que muchas veces reina en sus actitudes. Son los mismos que, por miedo del pueblo, no han querido responder a la pregunta sobre el origen del bautismo de Juan el Bautista: si venía del cielo o de la tierra (cfr. **Mt 21, 24-27**). Los mismos que después buscarán un modo de apresarlos (cfr. **Mt 21, 45-46**).

v. 28b: *Un hombre tenía dos hijos...*

En seguida viene la historia: se trata de una historia de la vida familiar de cada día. Las personas que escuchan a Jesús entienden del asunto, pues ya lo habían vivido, a lo mejor, muchas veces en su propia casa. De momento no se percibe lo que Jesús tiene en mente. ¿Qué quiere alcanzar con esta historia? Uno de los dos hijos recibe la invitación a trabajar en «la» viña (no anónima, sino familiar, conocida), pero se niega a aceptar esa invitación.

vv. 29-30: *Arrepentimiento y obediencia*

El hijo que dijo que no, que no iría a trabajar da la viña, recapacitó, se arrepintió y, al final decidió aceptar la invitación: **fue a trabajar** a la viña.





Domingo 26^o Ordinario Ciclo A

En cambio, el hijo que pareció obediente y complaciete con el querer del padre, aceptó al inicio, pero, a la hora de la verdad, **«no fue»** a trabajar qa la viña: es decir, no le dio gusto al padre. En este segundo es donde «retrata» Jesús a las clases dirigentes de Israel.

v. 31a: *«¿Cuál de los dos hizo la voluntad del padre?»*

Jesús implica a las autoridades en la historia de los dos hijos: formula la historia en forma de pregunta. Al comienzo les había dicho: «Pero, *¿qué les parece?»* y al final termina preguntando: Los que escuchan son padres de familia y responden desde lo que debe haber acontecido varias veces con sus hijos: Los jefes de los sacerdotes y los ancianos del pueblo respondieron lo obvio: *«El primero»*. Esta es la respuesta que Jesús quería oír de ellos y por donde los coge en flagrante para comunicar su mensaje.

Una parábola invita a los oyentes a involucrarse para sentirse comprometidos en la historia, y, usando como criterio la propia experiencia de vida, valoren y juzguen la historia narrada en la parábola. En ese juicio de valor que hagan los oyentes estará la clave para aplicar la parábola a la realidad. El mismo procedimiento didáctico se verifica en las parábolas de la viña (cfr. **Mt. 21,41-46**), la de los dos deudores (cfr. **Lc 7, 40-46**) y la del buen samaritano (cfr. **Lc. 10, 29-37**).

v. 31b: *«En verdad os digo que las prostitutas y los publicanos llegan antes que ustedes al Reino de Dios»*

Los contraponen a los publicanos y prostitutas, que tienen mala fama, pero muchos de ellos han sabido acoger el mensaje de Juan el Bautista (y ahora, el suyo, el de Jesús), y *se han convertido*. La conclusión de Jesús es evidente y muy dura. En la opinión de los sacerdotes y de los ancianos, los publicanos y las prostitutas eran personas pecadoras e impuras que no hacían la voluntad del Padre.

v. 32:

En la respuesta con la que Jesús saca la conclusión de la parábola y pronuncia sentencia, aplica la parábola al silencio de sus oyentes frente al mensaje de Juan Bautista (cf. **Mt. 21,23-27**). La respuesta que habían dado se convierte en la sentencia de su condena: los publicanos y las prostitutas son aquéllos que, inicialmente, habían dicho no al padre y que luego habían terminado por hacer la voluntad del padre, porque habían recibido y aceptado el mensaje de Juan Bautista, precursor de Jesús. Mientras ellos, los sumos sacerdotes y ancianos, son aquéllos, que inicialmente habían dicho sí al padre, pero no habían hecho lo que el padre quería, porque no quisieron creer el mensaje de Juan Bautista. Así, por medio de una simple parábola, Jesús lo cambia todo: aquéllos que eran considerados transgresores de la ley y condenados por esto, eran en verdad los que habían obedecido a Dios e intentaban recorrer el camino de la justicia, mientras los que se consideraban obedientes a la ley de Dios, eran en verdad los que desobedecían a Dios.





Aquellos guías religiosos tenían una religión que consistía en una decoración exterior, sin ningún contenido real en su interior. Cuando una persona acepta a Jesucristo como Salvador, su parte interior no experimenta solo un cambio de decoración, sino que estransformada desde dentro y hecha «nueva.creatura».

3. MEDITACION: ¿QUE NOS DICE el texto?

Una relación de amor

El Señor Jesús nos pide meditar nuestra relación con Dios a través de una parábola. *Un hombre tenía dos hijos:* Por tanto se trata de una relación de padre a hijos, de hijos a padre, relación que normalmente es de amor, de obediencia, de preocupación por el bien y por el futuro de los hijos. Une a los tres un solo empeño: *la viña*. Es el campo de trabajo para el padre y sus hijos, su riqueza y su interés mutuo. Lo normal sería que fuera el centro del amor y del interés de los tres. Allí no hay siervos a asalariados. Hay hijos. En Dios hay siempre el único propósito: que la viña sea trabajada, que dé el fruto que debe dar para bien de todos. Pero en los hijos hay dos posibles respuestas: obedecer al Padre que invita a trabajar, o no ir, y desairarlo. Pero también hay la posibilidad de cambiar el rechazo inicial por la aceptación, o el sí del primer momento por el no que termina siendo definitivo.

En nosotros habitan al tiempo estos dos hijos. Prontos a veces para la obediencia y también remisos para los compromisos con Dios. En momentos de claridad, de entusiasmo, de fe adulta y comprometida decimos sí a Dios, pero en ocasiones nos traiciona el egoísmo y no cumplimos la palabra.. En otros momentos de desconfianza y de abandono nos volvemos reticentes y descuidados en lo que Dios nos confía pero la paciencia de Dios nos da el espacio de recapacitar y atender. Así conocemos la autenticidad de nuestra vida frente a él. El Señor, que nos conoce bien nos advierte que no basta un sí entusiasta, ni es definitivo un no displicente. Lo que cuenta para el Señor es el cumplimiento de nuestros compromisos de hijos en la viña familiar.

Mensaje provocador

Esta parábola hoy debería provocar, probablemente, la misma rabia que Jesús provocó con su conclusión. Los «publicanos y prostitutas» de entonces ¿quiénes son hoy entre nosotros? Quizás personas que por su forma de ser o de vivir merecen nuestro reproche, porque no pertenecen a nuestro círculo religioso. Pero esas personas, muchas veces, tienen una mirada más atenta para percibir el camino de la justicia, que la de quienes vivimos todo el día en la órbita de la Iglesia. Percibir las cosas de Dios en la vida no es algo automático, no lo garantiza el hecho de formar parte de la comunidad cristiana. ¡Ojo!

Cada uno es responsable de sus propios actos

A veces la Palabra de Dios nos invita a considerar el aspecto comunitario, social, de nuestros actos. Pero hoy es la responsabilidad personal lo que destaca.





Domingo 26^o Ordinario Ciclo A

- Una primera tentación de los israelitas, sobre todo en un período tan triste como el que vivió Ezequiel, con el destierro y la destrucción de Jerusalén, era la de *echar la culpa a Dios*: «*comentan ustedes: no es justo el proceder de Dios*». El profeta invalida esta acusación: «*¿es injusto mi proceder? ¿o no es vuestro proceder el que es injusto?*».

- La segunda tentación, que no aparece en la lectura de hoy pero sí en otras, es la de *culpar de nuestros males a la comunidad o a los antepasados*. Con facilidad podemos quedar tranquilos echando las culpas a este mundo, a la sociedad que nos rodea, a las estructuras, a las estadísticas.

Ciertamente nos influye el ambiente, y esta influencia puede ser fuerte, tanto en bien como en mal. Pero difícilmente nos quita la libertad hasta el grado de poder decir que no tenemos culpabilidad en lo que hacemos mal o mérito en lo que hacemos bien. Normalmente queda un margen de libertad, y es cada uno quien decide. Dios no castiga a nadie por las culpas cometidas por otros.

La Viña del Señor

¿Pero en definitiva en qué consiste esa *viña*? ¿Cómo identificarla en la vida diaria? Esa viña es lo que el evangelio llama el «*Reino de Dios*». Y ese Reino, que no es un territorio ni un organismo de gobierno al estilo humano, es la *constante y amorosa actividad salvadora de Dios en el mundo*. Nos cuesta identificarla pero si estamos atentos nos damos cuenta de que Dios actúa a través de la actividad del hombre. Dios quiere y obra la salvación y esa salvación encierra lo que Dios quiere para el hombre en todos los campos: el bienestar, la educación, la salud, el trabajo, la familia, la profesión. El escenario de esa actividad es el mundo, el tiempo, la historia. Todo el bien que a lo largo de los siglos se ha hecho, y es inmenso, es el Reino de Dios a través del hombre. Pero no basta ahí. Dios tiene designios mayores para el hombre. Lo dotó de capacidad para entrar en diálogo con él, para deseárselo y para llegar a su misterio una vez terminada su tarea en el mundo. Es la culminación eterna del Reino. Todo cuanto de bueno hacemos en todos los campos de la vida es el trabajo en la viña. Si nuestro trabajo falta, o si es por desgracia negativo y va en contra de la felicidad del prójimo, le hemos dicho un no grande a Dios y a nuestros hermanos.

4. ORACION: ¿QUE LE DECIMOS NOSOTROS a DIOS?

Con los sentimientos de Cristo Jesús,
que deseamos hacer nuestros,
te bendecimos, Padre santo, Dios cercano,
presente en nuestras vidas.

Te damos gracias porque tu proceder es justo con todos,
ya que eres fiel a los hombres y mujeres que caminan con lealtad.
Con tu palabra revelada nos enseñas la justicia y la verdad.
Te damos gracias porque conoces a cada uno





Domingo 26^o Ordinario Ciclo A

por su nombre y por su vida;
no te dejas engañar de las etiquetas
que nos colgamos en la ropa.
Tú conoces los pecados ocultos de los «justos»
y la disposición interior de los «pecadores».

Te damos gracias por Jesucristo, maestro y salvador.
Su vida y su palabra iban en armonía y coherencia;
con su vida y su muerte confirmó su mensaje.

Él es la verdad. Por eso, fiados de su Palabra,
nos dirigimos a Ti, Padre,
para adorarte en espíritu y en verdad.

Te pedimos por todos los creyentes.
El mundo está cansado de palabras vacías;
Tú mismo juzgas a cada uno por el trabajo hecho.
Ayuda a las comunidades cristianas de la Iglesia
y a sus obispos y sacerdotes,
para que todos seamos veraces.

Que no ofrezcamos a los demás falsas seguridades,
que sepamos anunciar el Evangelio con las obras,
con el servicio humilde que Jesús vino a hacer a todos.
Danos fe y fuerza para ser honrados y leales
con nuestros compañeros de trabajo y de brega.
Te pedimos por los que dirigen la opinión pública,
para que se dejen guiar por la verdad.

Amén.

5. CONTEMPLACION – ACCION: ¿QUE NOS PIDE HACER la PALABRA?

El perdón y la misericordia de Dios no tienen límite:

- * **no abusemos** de su bondad,
- * estamos a tiempo de *acogernos a su llamada*,
- * *trabajemos en su viña* con alegría y entusiasmo,
- * digamos «**sí**» y que sea «**sí**».

Nuestro compromiso hoy:

La parábola del Evangelio empuja a pensar. Nos lleva a comprometernos en la historia y a reflexionar a partir de nuestra propia experiencia de vida y confrontarla con Dios. La parábola es una forma participativa de enseñar y de educar no de una vez, sino por partes. No hace saber, pero nos conduce a descubrir. En este caso, a descubrir cuál





Domingo 26^o Ordinario Ciclo A

es la voluntad de Dios Padre sobre cada uno de nosotros y nuestras comunidades y comprobar hasta qué punto, de hecho, la vamos haciendo cada día. Hoy el Señor nos llama a colaborar con él decidida y alegremente en su obra. Ha querido que esa obra nuestra sea imprescindible. Es preciso decirle que queremos con toda nuestra actividad construir el mundo que él quiere para todos. Que ese compromiso no se apague en nosotros. Que no nos cansemos de caminar los caminos de Dios. Que al escuchar hoy la invitación que nos hace de ir a trabajar en la viña por el bien de todos, sin mirar atrás, emprendamos la obra que quiere que hagamos. Se confunde con nuestro quehacer diario, pero esa tarea debe estar penetrada de la presencia eficaz de Dios, por el amor, la fe y de la esperanza.

Relación con la Eucaristía

Cada Eucaristía nos une a Cristo, pero también es una auténtica escuela de fraternidad comunitaria. La petición del Padrenuestro («perdónanos como nosotros perdonamos»), el gesto de paz que nos damos con los más próximos (como representantes de todos los que luego trataremos en la vida), la fracción del pan (para expresar que "compartimos" al mismo Cristo): todo eso nos recuerda que el «*pueden ir en paz*», del final, no es punto de llegada, sino más bien de partida hacia una vida coherente con lo que hemos celebrado.

Algunas preguntas para meditar duran te la semana

1. ¿Soy una especie de cristiano que me creo bueno, o soy consciente de mi condición pecadora?
2. ¿Cómo reacciono como cristiano en momentos de decisiones críticas?
3. ¿En cuál de los dos hijos nos vemos sinceramente reflejados?
4. Es fácil, cuando estamos en la iglesia, cantar cantos al Señor, o contestar «*amén*» a oraciones y propósitos. Pero luego esa fe, ¿se traduce en obras?

P. Carlos Pabón Cárdenas, CJM.

